

El Quijote

Giovanni Papini

Traducción de Aída Espinosa

*no soy tan loco ni tan menguado
como debo de haberle parecido.*

El Quijote, I, XVII

1

LA FUERZA DEL GENIO nunca deja de aflorar, aunque cobre vida en un transgresor, soldado, cautivo, contador, aventurero y preso, en un Miguel poeta andante y cortesano menesteroso.

Por eso logró engañarnos la sombra consistente de don Quijote. Llegamos a creer que su vida era un engaño y que los devoradores de carne, los tiempos debilitados y los libros imposibles lo habían traicionado. Vivió una existencia engañosa, pero quien realmente engañó y fingió fue él y los traicionados hemos sido nosotros, hasta el día de hoy.

Miguel es capaz de todo por adelantársenos –marioneta elongada al resguardo del fierro viejo y la obsesión– un don Quijote enloquecido por las malas lecturas, un don Quijote magnificado por su sabiduría discursiva y más por su demencia imitadora, un don Quijote que han podido adorar los que nacieron después, víctima mística de un cristianismo puro, armado y escarnecido, con odio a la vida universal y eterna de los paganos bautizados para quienes la norma es verdad, la pereza sabiduría, la comodidad bondad, el pan y la mantequilla la única esencia reconocible de la existencia. Todo heterodoxo de la ley vulgar se ha revestido de caballero para sentir sobre la espalda los palos que lo tiraron al suelo. En esa serena cordura antigua, en ese amor vano por el bien, vio casi un reflejo de Sócrates, que tuvo que morir por voluntad de los hombres por ser mejor que todos los hombres.

Don Quijote fue un mártir a medias: no le quitaron la vida. Pero sí sufrió tormentos, bofetadas, traiciones y desprecios. Finalmente el innoble Sansón le tendió una emboscada a su alma y él quedó tirado sólo para recapitular, es decir para volver a la imbecilidad del mundo y morir en su cama, más seco que antes.

Y todo esto fue uno de los muchos “suaves engaños” que el arte, rival de la naturaleza, nos preparó en estos trescientos años. También don Quijote nos traicionaba. Fue culpa nuestra no darnos cuenta antes. Don Quijote también, como todos los seres creados por Dios o por el genio y que tocan por lo menos en un punto lo Absoluto, tiene un secreto y este secreto, a mí, fiel de tanto velar las armas en la quijotesca juventud, finalmente me quedó claro.¹

Don Quijote no está loco. No es un loco natural e involuntario. Pertenece a la especie vulgar de los Feos y de los Ambiguos. Se finge loco. Su docta y simulada locura es fabricada. Se crea un estilo de extravagancia para salir de las muertes habituales de Argamasilla. Inventa casos y dificultades porque sabe que él es el motor, siempre presente ante sí mismo, listo para frenar y darse la vuelta. Por eso no es trágico ni está desesperado. Toda su aventura es una diversión preparada. Conserva la serenidad porque sólo él sabe cuál es el fondo del juego y no tiene espacio en el alma para angustias verdaderas.

Don Quijote no lo hace en serio.

2

Para ver bien un misterio así de doloroso es necesario deshacerse del volumen.

El propio Cervantes dijo que de verdad quería destruir la semilla de los libros de caballería y lo repitieron todos lo que le sucedieron, pero nunca se la creyó. Fue uno de los muchos trucos literarios a los que tuvo que recurrir el Manco, como por ejemplo, el de los manuscritos de cide Hamete Benengeli. El espíritu equilibrado es en resumen culto, como fue Cervantes, que no podía ni siquiera imaginarse el fin de este género. El mismo libro lo desmiente. Ante todo en el *Quijote* no existe únicamente la sátira de las novelas de caballería, sino *de todos los géneros literarios*, ninguno se salva. Ya sea con parodias, con ironías o con juicios directos, toda la literatura contemporánea, en sus partes más populares —poema, pastorela, teatro— se ve condenada.

La máxima acusación que Cervantes se da el lujo de impugnarle a los libros de caballería es lo *inverosímil*. Acusación extraordinaria en boca de quien comenzara con las pastorelas inverosímiles de la *Galatea* y llenara al propio *Quijote* de inverosímiles aventuras trágicas y silvestres, el mismo que entre la primera y la segunda parte del *Quijote* constituyó un drama caballeresco, y cuya vida terminara después de rehacer, en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, la más inverosímil, intrincada y fantástica de las novelas bizantinas.

Cervantes, hombre de gusto y fantasía, sabía como todos que cada obra de arte es por naturaleza inverosímil —igual que todas las acciones y las obras que surgen de la superficie del ennegrecido pantano donde cada quien se imagina que vive—. Cervantes, en el propio *Quijote*, salva y defiende más de un libro de caballería y sólo lanza al fuego, con justicia de artista competente, a los que no se justifican con la belleza de la expresión y la imaginación.²

No podía, tomando como realidad comparativa la España del siglo XVII, juzgar como falsedad inverosímil las sagas paladinas de la Armórica y de las Ardenas nacidas entre los siglos X y XII. Con más razón si esta discordancia entre las maravillas de caballería y la cotidianidad nos parece más fuerte a quienes no estamos de hecho en La Mancha a fines del siglo XVI. Casi todas las grotescas cabalgatas de don Quijote serían imposibles hoy en día en nuestras tierras ordinarias y en la primera salida gendarmes y locos detendrían al jinete de Rocinante y ni siquiera le hubieran sido posibles el encuentro con los molinos o con el vizcaíno.

De modo que este total contraste entre los sueños quijoscos y la vida ordinaria no existe ni siquiera en la novela: hasta la primera parte, en la venta y en el curato, don Quijote encuentra cómplices que se prestan a sus fantasías por gusto propio y en la segunda parte los duques, el bachiller y los barceloneses no hacen otra cosa que adaptarse ellos mismos y

sus cosas a los caprichos del hidalgo, de manera que él pueda creer que lo que dice en verdad es así. Pensaban que era su bufón y más bien eran ellos las víctimas de su bufonería.

Pero esto poco importa. Incluso al referirse al pueblo y al tiempo hay demasiada inverosimilitud en la historia del manchego, porque es fácil convencerse de que Cervantes quisiera de verdad exterminar el absurdo novelesco en nombre de su propio realismo que es, a fin de cuentas, burlón y parcial. Quien piensa esto no ha llegado ni siquiera a la inteligencia de la letra y no concede ni siquiera esperanza de admitir la posibilidad de otros sentidos.

Igual de imbéciles los que van buscando —o ven con certeza— un concepto de la vida y del mundo en la novela cervantina. Este tipo de errores profundos, por anhelo de vana profundidad, constituye la vieja leyenda de que el *Quijote* sea una edición rehecha e imaginada sobre el tema medieval del contraste entre el alma y el cuerpo. El patrón descarnado sería el espíritu, el ideal, que contradice siempre el servidor obeso, pues es la carne y la inmundicia real. Todas las demás explicaciones místicas del *Quijote* se reducen a ésta: don Quijote asceta, santo y loco; sus compañeros cuerdos, filisteos, mundanos.

Suponer una filosofía del *Quijote* es la forma más segura de falsearlo. Cada quien puede retomar estas criaturas del libro y adaptarlas al símbolo que mejor le parezca y también a las palabras más abstractas. Pero en este caso es el libro el que presta sus nombres al admirador más especulativo y no es él quien le resulta útil al libro iluminándolo. En cambio, debemos esforzarnos por ver quién es por sí mismo don Quijote y no tomarlo como una linterna vacía donde cabe la vela con la que gustan iluminarse los perdidos.

Tampoco aceptando al don Quijote banal de la letra lograríamos verlo como quieren los místicos. Don Quijote no es puro ni desinteresado como sería necesario para constituirlo en encarnación suprema del idealismo: no es el cristiano altruista que muchos pintan. Quiere deshacerse de los fuertes y defender a los débiles porque ésa es la tradición que señala la gesta de los caballeros. Es un imitador que tiene enfrente una galería de modelos: si Amadís hubiera sido diferente, despiadado e infiel, también él hubiera sido diferente.³ Es vanidoso y soberbio, piensa siempre en la gloria terrenal,⁴ aspira a adquisiciones materiales y es capaz de inventar. Tampoco Sancho puede medirse como representante del buen juicio y de la materia. Sancho es más creyente que don Quijote. Don Quijote cree (o finge creer) en los antiguos caballeros, pero Sancho cree en don Quijote, y es una fe más difícil. Sancho encuentra en la creciente veneración por su amo un

ideal terrenal inmensamente distante de sus bienes seguros. Tiene un sueño y cuando llega a realizarlo, en la ínsula, se muestra más enamorado de la justicia que de la riqueza. En el fondo el único verdaderamente loco del libro es Sancho y toda antítesis del género metafísico acostumbrado entre él y el caballero es, por esta evidencia, imposible.⁵

3

La sustancia del libro –si debemos decir todavía unas cuantas palabras antes de regresar al héroe engañador– es totalmente diferente. No se puede tomar en bloque y la parte viva, para nosotros, quizá sea la tercera parte de la obra. El *Quijote* es una miscelánea fácilmente separable. Encontramos:

Poesía burlesca y madrigalesca.

Novelas trágicas, patéticas, románticas.

Crítica literaria (renuncias y juicios sobre géneros y obras: novelas, poemas, pastorales; a veces los juicios se expresan en forma de parodia).

Silva de varias lecciones (retóricas provenientes de temas habituales: la edad de oro, la pubertad, el gobierno óptimo, el matrimonio, la preeminencia de las armas o de las letras, etc.; repertorio de lugares comunes y humanísticos).

Quitando estos elementos que rodean al libro y lo inflan, queda la historia de dos errantes que emprenden un viaje. Este esquema del viaje liga al *Quijote* con los libros de humanidades. Los libros más profundos, y al mismo tiempo los más populares, son historias de viaje. La *Odisea*, la *Eneida*, la *Comedia* y luego *Gulliver*, *Robinson*, *Sinbad*, las *Cartas persas*, *Fausto*, *Las almas muertas*. Porque todo gran libro es un tímido anticipo del juicio final y para juzgar las cualidades del hombre no hay forma que mejor se adapte que el viaje. Viaje: diversidad, posibilidad. El hombre mismo se refiguró miles de veces como peregrino, un peregrino que tiene como punto de partida la culpa y como meta la muerte.

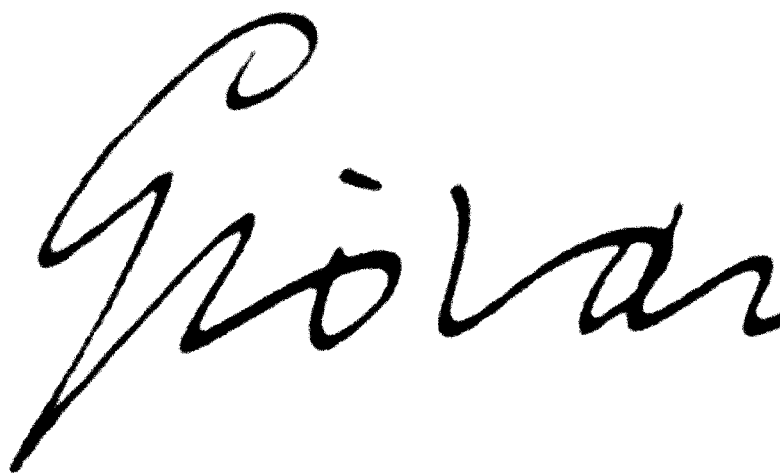
4

En este cuadro móvil de juicio total de los hombres –cabreros y religiosos, peregrinos y duques, labradores y gentilhombres, posaderos y enamorados, bandidos y bachilleres– hay un viejo con un secreto: es un caso psicológico, un engaño en acción. El viejo no es tan astuto como para pasar inadvertido. Por un lado o por otro se traiciona. Los rasgos principales de su juego se le escapan a sus propias palabras; hay momentos en que la luz cae de lleno sobre el velo encubridor.

Don Quijote se aburrió de lo cotidiano.

Como les ocurre a los escépticos al final del camino, se cansó de la vida doméstica de pobreza digna entre sus mujeres y el cura. Le pesa toda su vida provinciana en la que muy poco ha podido desfogarse entre la cacería y la lectura. Quiere prodigarse un poco de buena vida. La caballería de las grandes novelas le ofrece el colorido de una fiesta de disfraces sin riesgos. Hombre de letras y de experiencia, comprende que será imposible darle un giro a su existencia sin el trampolín de la ficción. El único camino inocuo de liberación que encuentra es la locura.

Un poco en serio y un poco en broma se presenta como un loco. Esa locura suya, noble y literaria, no mengua la fe



católica y asume así el aspecto de un ejército evangélico que respeta los límites de una imitación indispensable.

Si don Quijote fuera el cristiano puro y sincero que imaginan los ingenuos no necesitaría el recubrimiento caballeresco. Podría dedicarse a Dios y a los pobres (un nombre más para Dios) sin yelmo ni lanza. Humilde como los sacrificados, podría, hasta sin salir de Argamasilla, entregarse a quien lo necesite: ir a remediar entuertos, a llenar los corazones sencillos de pasiones reconfortantes. En vez de imitar a los caballeros andantes podría imitar a los santos redentores. Ya hubo quien lo hiciera antes que él: tomaron un modelo y en la imitación surgieron los grandes rústicos e infelices. San Francisco, que se propuso imitar a Jesús y quiso hacerlo hasta en las llagas de las palmas y de los pies, resulta un don Quijote más auténtico. Cola di Rienzo, que eleva su alma leyendo los *Hechos de los romanos* y sueña con ser cónsul de una república nueva, es otro don Quijote: más desventurado y más auténtico. Otros muchos grandes, como éstos, exaltados

por ejemplos del pasado, han dado muestra de su fortaleza para siempre, esplendorosos aunque derrotados.

Pero don Quijote es más modesto y diletante. Artista y charlatán con algo de sinceridad por dentro: la veleidad del guerrero, del aventurero, del benefactor. Mas todo a flor de piel, lo mismo para darle tono al discurso que como justificación a la salida.

Su locura, vista de cerca, resulta un pretexto fraguado con imaginación para recorrer el mundo y meterse en dificultades remediables y diversas. Hay también un poco de masoquismo espiritual y corporal: el anhelo confuso de salir al encuentro de los desastres y tocarlos, pero sin consecuencias graves. Es

del supuesto error; en otras parece tener lista la escapatoria fácil de los encantadores que lo persiguen, buen ardid para Sancho que al principio le cree y luego termina revirtiéndosela a su amo, cuando lo obliga a ver en los campesinos a lomo de burro un desfile de princesas.⁶

Cada vuelta de don Quijote a la realidad se da sin aflicción. Un loco en serio, un héroe convencido sufriría afanes y angustias ante tantas negaciones de la materia. Experimentaría múltiples muertes al ver cómo lo contradicen con obstinación. Pero don Quijote, que sabe lo que hace para embaucar a propios y a extraños, no se entristece ni claudica. Acepta los embates con naturalidad limitando su dolor a las



su propia máscara de paladín aristócrata la que le impide meterse en peligros extremos: no puede batirse con villanos, aunque en realidad desde el primer día sabe que casi siempre, por obligación, tendrá que ver con villanos.

Don Quijote quiere parecer loco porque así le conviene. Si no creyeran que está loco no podría entregarse a la buena vida, a vagar al aire libre, expuesto a las corrientes de lo imprevisto. Quedaría sujeto a sanciones inmediatas, no encontraría excusas ante los demás, ni, como le sucede con frecuencia, la complicidad útil para su diversión.

Todo esto explica por qué la locura de don Quijote jamás es ni grave ni trágica. De ser una locura seria y verdadera saldría de cada encuentro, de cada enfrentamiento que comanda ante lo duro y lo real, con alguna reacción, con dolor, desgarrado. En cambio, don Quijote mantiene la calma cada vez que los hechos o la gente lo convencen de que se equivocó. Lo cree de inmediato, se resigna, vuelve a la normalidad sin mayor resentimiento. Hay ocasiones en que él mismo se ríe

costillas rotas y los moretones, inconvenientes inevitables, moneda de poco valor con la que paga el costo de su insólito pasatiempo. Don Quijote tiene la capacidad de reírse, hace bromas de Sancho y de sí mismo. Es dueño de un espíritu libre, sin apegos. Conoce la última palabra de la maquinación placentera y no se arriesga a fingir hasta el punto del dolor inimitable. Hace reír porque él mismo no sabe llorar.

5

No se trata de una calumnia. Quien quiera las pruebas de esta verdad oculta hasta hoy, no tiene más que volver a leer todo el libro con desconfianza.

En el *Quijote* hay un eje que no han visto los críticos infestados de bestialidad corriente y que constituye la clave de todo. Este eje es la locura que surge de la Sierra Morena. Todo mundo recuerda el episodio. Al encontrarse en medio de la montaña pedregosa don Quijote le anuncia a Sancho

que se hará el loco hasta que regrese, en honor y para gloria de Dulcinea. El asno se descubre ante el ingenuo: enmarca una locura confesa en una locura simulada y más vasta.

Empieza por declarar su método –la imitación–, una imitación calculada, es decir, ni demasiado fatigosa ni demasiado peligrosa: “quiero imitar a Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán”. Pero con juicio: Orlando era demasiado furioso. “Y, puesto que yo no pienso imitar a Roldán [...] parte por parte, en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo, como mejor pudiere en las que me pareciere ser más esenciales.” Y concluye con la conciencia de su propósito lúcido: “Loco soy, loco *he de ser* hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta”.⁷ Si la respuesta, agrega, es buena, dejaré de hacerme el loco: si es adversa me volveré loco de verdad y ya no sentiré el dolor que me cause. No podría esperarse un reconocimiento más explícito del secreto de don Quijote: sabe que no está loco, pero quiere hacer cosas de loco y estas locuras no serán sino imitaciones de locos famosos. Lo que confiesa en este punto es la superposición de locura impuesta –con mayor voluntad– a la locura ordinaria, y constituye la regla que no confiesa en todos los demás casos.

En estas mismísimas páginas se encuentra también su propia teoría, una de las más profundas del libro, la de enloquecer sin causa ni razón. Cuando Sancho le pregunta por qué quiere hacer tanta penitencia si Dulcinea no ha hecho nada que la justifique, don Quijote responde: “Ahí está el punto y ésa es la fineza de mi negocio, que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: *el toque está en desatinar sin ocasión*”.

La repetición de su postura de loco voluntario sin causa verdadera aparece a cada paso. Él está consciente de cómo deben transformarse las cosas reales para adaptarse a la comedia que representa. Sabe perfectamente bien, por ejemplo, quién es Dulcinea⁸ pero no quiere quedarse con la pueblerina gorda y sudada que eligió, con su refinada ironía, como dueña de sus pensamientos. Le explica a Sancho que, dado que no existe mujer perfecta en la naturaleza, ha elegido a la peor de todas para poder ponerle una mayor prueba a la fuerza de su fantasía deformadora y reformadora voluntaria: “píntola en mi imaginación como la deseo”. Cuando Sancho le cuenta de la visita a la bella don Quijote la traduce en todo momento a su lenguaje, aunque sabe que Sancho describe la realidad

tal como la ha visto. Y más tarde, al amanecer, cuando los campesinos aparecen por el sendero y Sancho quiere darle a entender que se trata de Dulcinea y sus doncellas, don Quijote no quiere aceptar la alucinación pues es otro el que se la impone, un inferior, por lo que ve a las mujeres como son y, para no descubrirse, recurre a la repentina historia de los encantadores que transforman los objetos que se encuentran a la vista. Pero luego termina aceptando que Dulcinea es un personaje fantástico e imaginario, cosa que un loco verdadero jamás podría reconocer.⁹ En otros casos, en cuanto a los demás, don Quijote confiesa haberse equivocado y admite sus alucinaciones y tiene conciencia del engaño del que se dice ha sido víctima.¹⁰ Pero cuando lo prefiere ve las cosas igual que todos y la hostería deja de parecerle un castillo para ser una hostería; reconoce que el yelmo de Mambrino es la palangana del peluquero pero que así es como la ven los demás para que no se le despierte el deseo de robársela. Su principio –que debería mostrar cómo se une su función y que al mismo tiempo envuelve el principio único efectivamente idealista de todo el libro– es que los objetos en sí no son ni de un modo ni de otro, sino que, al igual que los hombres, son distintos y pueden verse de maneras diferentes. Su sistema podría definirse como la “voluntad de creer” anticipándose tres siglos a las teorías pragmáticas, de no ser que se remita veinte siglos atrás a las teorías de Protágoras.

Esta voluntad es la que explica finalmente la sabiduría cotidiana y visible de Don Quijote. Muchos son los que se maravillan de sus discursos cuando no tocan los asuntos caballerescos, muchos son lo que lo llaman y proclaman “loco cuerdo” o “cuerdo loco”. Y al final él mismo declara, una vez más con sinceridad, que no está loco. ¿Y no confiesa, sin reparo, haber inventado en plan honesto la fantasmagoría maravillosa de la cueva de Montesinos?

Desde que él sale del mundo subterráneo el propio Sancho duda de su veracidad y, en casa del duque, hace un pacto cínico con su escudero: tú cree en mi historia de Montesinos y yo creeré en tu historia del cielo.¹¹ Pero la invención descarada y hasta ahora evidente y la confesión implícita no es sino una confirmación superflua.¹²

Don Quijote no supo regirse por la simulación perfecta y estas grietas en su actuación refuerzan doblemente nuestro descubrimiento: él no tomaba tan en serio su juego como para obstruirlo. Don Quijote es un loco fingido que se traiciona en la alegría. Su tranquilidad y su argucia actúan en contra

suya: su vida carece de drama. No puede existir drama donde no hay seriedad. Don Quijote bromea y los verdaderos locos no bromean.

6

La profundidad del *Quijote*—porque hay algo de profundo en este *Burlador de la Mancha*—radica en otras cosas.

Los procedimientos del *Quijote*—deformación y simbolismo—son los mismos del arte moderno y tienen un significado que trasciende los contrastes superficiales vistos hasta aquí en esa epopeya grotesca.

La deformación voluntaria de las cosas tiene su principio en el idealismo arbitrario y se reconoce más bien como característica de toda creación: ver lo que se quiere ver, representar sólo lo que se elige y cambiar lo que se elige, exagerarlo, disminuirlo según la necesidad interna de la obra, que es creación y por ello es un acto permanente de voluntad. Don Quijote, en este sentido, es un artista, artista en la vida, de orígenes literarios, pero un verdadero artista moderno.

Resulta finalmente un simbolista y un simbolista satírico. Sus errores voluntarios obedecen a un plan preestablecido y se coordinan bajo un juicio sarcástico de la vida humana. Sus atribuciones aparentemente falsas y locas se aferran a las letras como el descubrimiento de una correspondencia invisible, conclusión necesaria de su escepticismo. De tales atribuciones, las más conocidas se observan entre estos fingidos errores de visión: las ovejas, para él, son soldados; los hosteleros, caballeros; las palanganas, yelmos; las prostitutas, doncellas; las siervas, señoras enamoradas; los campesinos, hombres bienaventurados; los galeotes, cautivos inocentes.

Estas alteraciones que él atribuye maliciosamente a su locura para no comprometerse, no son casuales, sino que descubren en el hidalgo una conciencia crítica y sin prejuicios del mundo. En realidad, según él, los soldados son ovejas camino al rastro; los castillos de los señores son posadas donde la hospitalidad se paga con servidumbre; los molinos son gigantes que viven del viento y del latrocinio, imaginaciones con intención de robar; las vírgenes que se encuentran en la sociedad son prostitutas no declaradas, con mayor perversión que las que ejercen por hambre; las siervas son más dignas de amor que muchas señoras; una campesina ignorante pero honesta y sin perversiones puede ser inspiración purísima de un genio que sepa verla; y los campesinos que se encuentran

encadenados por el sendero pueden ser más inocentes que los torturadores que los arrastran a la cárcel.

Estas identificaciones voluntarias y pensadas entre seres que la mayoría considera diferentes y lejanos nos dejan ver lo que don Quijote pensaba del hombre. Había reflexionado sobre la soledad y al final la conoció: como todos los que saben, al final, la clase de semejantes que nos rodea, y no le quedó más alternativa que odiarlos o divertirse a sus espaldas. Prefirió así, héroe perezoso, reír y burlarse. E inventó ser caballero para que los demás, pensando en reírse de él, le sirvieran de diversión: fingiendo se vengó de la vida. Logró esa venganza manteniéndola en la oscuridad incluso para nosotros. Pero don Quijote había nacido para ser nuestro hermano hasta lo último, primero a la luz de las letras y luego a la luz del espíritu. Él y yo nos entendemos. •

Notas

¹ En realidad, hasta 1911 me di cuenta de que don Quijote no estaba loco; entonces señalé que “su estructura mental y de vida es muy normal” (*L'Altra metà*, Milán, Studio Editoriale Lombardo, p. 134), pero no insistí lo suficiente sobre la verdadera naturaleza de aquella aparente locura.

² “Tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos”, I, VII (I, 175). (Las indicaciones entre paréntesis corresponden a la edición del *Quijote* cuidada por F. Rodríguez Marín, Madrid, Ediciones de la Lectura, 1911-1913, 8 vols.)

³ Hay miles de ejemplos; uno de los más curiosos: “si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les salgan las tripas por ella”, I, VII (I, 195-96).

⁴ A propósito de la cueva de Montesinos dice Hamete (Cervantes): “dijo que él la había inventado por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias”, II, XXIV (VI, 116-17).

⁵ “Soy más mentecato que él, pues lo sigo y le sirvo”, II, X (V, 183).

⁶ “Yo no veo, Sancho—dijo don Quijote—sino a tres labradoras sobre tres borricos”, II, X (V, 183).

⁷ I, XXV (II, 290-291).

⁸ “Bástame a mi pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta”, I, XXV (II, 311).

⁹ Dice don Quijote: “Dios sabe si hay Dulcinea, o no, en el mundo, o si es fantástica, o no es fantástica; y éstas no son de la cosa cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo”, II, XXXII (VII, 272). Se nota la delicadeza irónica con que don Quijote evita responder, dando a entender que lo mejor es no averiguar; él sabía por qué.

¹⁰ I, XLV (IV, 173); II, IX (V, 207).

¹¹ “Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más”, II, XLI (VII, 92).

¹² II, XXV (VI, 151).